

1998

Mamis malas

Naief Yehya

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Yehya, Naief (Otoño 1998) "Mamis malas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 48, Article 14.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss48/14>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Mamis malas

Los miembros del *staff* de Mamis Malas solíamos reunirnos en el restaurante grasiento que está en la esquina opuesta de los estudios de televisión. Evitábamos la cafetería de los estudios ya que nunca faltaba quien nos hostigara, se burlarla de nosotros o de plano nos insultara. La mayoría de nuestros colegas consideraban que nuestro programa era inmoral. Constantemente recibíamos correo electrónico, faxes o cartas hostiles de algunos espectadores y de asociaciones de padres de familia. En términos generales todos coincidían en que los que trabajábamos en este programa éramos inmundas sanguijuelas sensacionalistas, pero nos aseguraban que en esta vida todo se pagaba y que nos iba a salir caro meternos con la figura de la madre. En los diarios no había semana en que no nos criticaran e incluso pidieran la cancelación del programa. Esto tan sólo confirmaba la advertencia que nos hizo Esmeralda, la creadora, conductora y productora del programa, cuando estábamos a punto de salir al aire por primera vez. No olvido sus palabras:

— Lo que estamos haciendo es mucho más que televisión de vanguardia, es televisión revolucionaria, guerrilla visual con la que vamos a cambiar las reglas del medio. No estamos aquí para ganar la simpatía de nadie, nuestro negocio no es el entretenimiento, nuestro programa quizás no será popular ni ganaremos premios pero sí vamos a estremecer conciencias, vamos a desmistificar el icono más sagrado de nuestra cultura: la madre.

Recuerdo que pensé en aquella famosa escena de Patton y me emocioné de ser parte de la historia — es más, de uno de los capítulos épicos de la historia. A las pocas semanas de haber comenzado la emisión me encontré a mi exjefa, Luz, en un pasillo. Había trabajado con ella en *Ciudad del vicio*, un programa que se especializaba en reportajes sobre niños que inhalan cemento, amas de casa que fuman mota, prostitutas que venden drogas, narcotraficantes arrepentidos y demás. Cuando me vio me dijo que ni me acercara, que le daba asco lo que estaba haciendo.

— Es simple y llanamente pornografía — dijo sin mirarme a la cara y pegándose al muro como si yo tuviera un mal contagioso.

A la gente le costaba trabajo entender nuestra labor. Especialmente a las mujeres, feministas o conservadoras, jóvenes o viejas, madres o no, casi todas odiaban el programa. Eso era muy malo para nosotros ya que de acuerdo con los sondeos de opinión nuestro público hipotético tenía que ser 80 por ciento femenino. Sea como sea las primeras semanas nuestros *ratings* fueron un éxito tremendo.

Mi carrera había tenido altibajos pero no podía quejarme de mi suerte ni de las muchas satisfacciones que me había dado participar como guionista en programas como *Misioneros contra la lepra* y *Niños bajo fuego*. Desgraciadamente el primero fue desechado por el canal tras dos emisiones y el segundo terminó mal. Cuando escribí un episodio acerca del abuso satánico de menores en San Miguel, a manos de los religiosos de una orden, pensé que me consagraría profesionalmente. Me imaginé que me darían mi propio programa, quizás me encargarían un telefilme o una película de verdad. En vez de eso la orden religiosa demandó a mi productora por difamación, daño psicológico, moral, económico y quién sabe cuántos cargos más. Uno de los ejecutivos de la estación me llamó a su oficina y me hizo jurar que todo lo que había escrito era cierto.

— Si perdemos este lío, la empresa está en peligro. Pero si yo me jodo, tú te jodes en serio y vas a desear haber sido víctima de las calenturas de un cura perverso — me dijo.

Juré, pero desgraciadamente no teníamos más evidencias que algunos testimonios de gente que se retractó por miedo a la humillación pública y ante la amenaza de ser llevados a juicio. Perdimos y la estación tuvo que pagar una fortuna. Se suspendió el programa y corrieron a todo mundo menos a mí. Necesitaban tenerme para poderse vengar. Yo acepté mi responsabilidad. Me redujeron el sueldo y me impusieron un horario abierto con lo que yo siempre estaba disponible para lo que se necesitara. Durante meses construí escenografías, fui chofer de un productor, limpié baños y serví cafés. Cuando Esmeralda solicitó a su personal, tuve suerte de que la empresa quiso ahorrarse dinero y para no tener que contratar a nadie me transfirieron con ella, asegurándole que me encargaría de cubrir por lo menos tres de la plazas que había solicitado.

Así me convertí en secretario, guionista, editor y escenógrafo del equipo de Esmeralda. Pero entre todas las cosas que yo tenía que hacer para el programa la peor y más agotadora era coordinar el talento, es decir contratar a los actores que utilizábamos en las dramatizaciones. La mayoría del tiempo tenía que vérmelas con actores segundones, actrices caídas en desgracia que aceptaban esto a falta de cualquier otra cosa, niños precoces con complejo de estrellas y en general personal incompetente.

Sé que suena pretencioso pero no me avergüenza decir que yo quería

hacer arte, que pensaba que aún en este medio era posible hacer cosas valiosas con gracia, ingenio y elegancia, al tiempo en que se podía dar un verdadero servicio a la comunidad. En cambio mis colegas tan sólo estaban preocupados por explotar el morbo, insinuar toda clase de abusos de menores y en especial estaban interesados en el tema de los grandes ratings: el sexo anal. No tengo idea por qué los sodomitas son tan apreciados por los televidentes, pero es un hecho que basta mencionar la posibilidad de penetración rectal para que los índices Nielsen se vayan para arriba.

Mamis Malas o M y M, como le decíamos nosotros tenía un formato que Esmeralda definía como flexible. Esmeralda aparecía contando un caso, a veces se hacía la dramatización de los hechos, otras había entrevistas con invitados en el estudio, en la calle o en sus casas. En ocasiones Esmeralda corría armada con un micrófono detrás de alguna madre mala para sacarle algunas palabras, para mostrarla avergonzada o furiosa ante las cámaras. Cuando era posible filmábamos cuando ella hostigaba telefónica o personalmente a las protagonistas potenciales de nuestras historias, para convencerlas de que aparecieran en el programa y se arrepintieran de sus crímenes frente a nuestras cámaras y el público.

La noche en que debutó el programa salimos al aire con la historia de María del Carmen Esparza, la mesera que le cortó las manos a su hija Teresita. Esmeralda vistió un traje sastre Armani dorado. Hablando directamente a la cámara presentó el caso. La actriz que hacía de Esparza resultó brillante y la pequeña Teresita estaba sensacional, sobre todo cuando su madre la golpeaba o le metía alfileres bajo las uñas. Finalmente los efectos especiales de la escena de la mutilación fueron un éxito y la dramatización terminó en una nota aterradora cuando Teresita gritaba:

— ¡Mami, mami ya no me cortes nada! — mientras agitaba los muñones sangrientos frente a la cámara.

Luego Esmeralda entrevistó a la verdadera Teresita en el estudio y las dos lloraron. El programa terminó con Esmeralda visitando a María del Carmen en la cárcel de mujeres. La madre explicó entre sollozos que había sido violada, que ella nunca había querido tener a Teresita. Que se sentía muy mal por lo que había hecho y que ojalá Dios, en su inmensa bondad, pudiera encontrar la forma de perdonarla. Esta vez Esmeralda no lloró.

— Una mami mala ha perdido la libertad y la capacidad de hacer daño a sus hijos. Desgraciadamente quedan muchas otras como ella ahí —, aquí hizo un movimiento circular con el brazo como metáfora gráfica de la inmensidad del mundo —, afuera. Hasta la semana próxima, queridos amigos, en nuestra siguiente emisión de Mamis Malas.

A pesar de que el programa provocó airadas denuncias de parte de muchos anunciantes y de que no cayó del todo bien entre los directivos de la estación, teníamos suficientes patrocinadores interesados como para sobrevivir y eso tenía encantados a los ejecutivos. Esa noche algunos de los

miembros del equipo nos reunimos para ver la transmisión y celebrar. Yo le dije a Esmeralda que me recordaba vagamente a Victoria Abril en la película *Kika*, de Almodóvar.

— ¿Te acuerdas, era donde hacía de conductora de un programa que se llamaba *Lo peor del día*, y salía vestida con ropa de Gaultier?

No respondió. Me miró fijamente. Todo el mundo se quedó mudo. Una gota de sudor resbaló por mi frente y me cayó en la mano con la que estaba sosteniendo un vaso de cuba libre. Tuve una punzada aguda en la base de la columna. De pronto Esmeralda se me acercó y dijo muy seria.

— ¿Te recordé a esa? ¿Qué no ves que yo sí tengo tetas, cabrón? — dijo levantándose los senos con las dos manos a través de la blusa.

Luego explotó en risotadas y con ella el resto de los invitados. Yo también me reí pero en realidad sí me asusté. La fiesta duró hasta muy tarde. Bebimos mucho y cuando ya casi me había olvidado del incidente Esmeralda me llamó a una habitación. Cerró la puerta y me dijo:

— Si no te gusta lo que estamos haciendo o no crees en mi proyecto, te me vas ahora mismo, grandísimo hijo de puta.

— No, pero si no es eso. Al contrario estoy muy contento.

— Me importa un pito que estés contento o no. Pero si me desmoralizas al resto de mi personal, yo misma te voy a castrar. Desde un principio no quería que trabajaras conmigo, pero por compasión acepté tenerte. Otro chistecito como el de hoy y te me vas a la chingada.

— No volverá a suceder. Pero en verdad lo dije como un elogio, no como una burla.

— Te me vas a elogiar a tu pinche madre, que a mí no me hacen falta esas comparaciones idiotas. Acuérdate, nada más dame un pretexto y te vas, cabrón.

Salió de la habitación como si no hubiera pasado nada. Yo me despedía rápidamente y me fui a casa. Ese incidente estableció el tono de mi relación esquizofrénica con Esmeralda, quien a veces era la jefa amorosa y otras la mami mala de sus subalternos.

No volvió a mencionar el asunto pero yo me comportaba con extremo cuidado. Sabía que un mínimo error podía significar mi despido e incluso mi emasculación. No estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Las siguientes semanas presentamos el caso de Violeta Ramírez, la Chacala de Atoyac, quien apuñaló a sus bebés después de meterse una borrachera; el de Irinea Padilla, la Canibal de Santa Julia, que hizo a su Juliencito en tamales; y el de Abelarda Pimentel, la Perra de Manzanares, quien prostituía a su nena, Manuelita, desde los cinco años. Pero como suele suceder en este negocio, una vez que uno ha mostrado historias atroces de abusos sexuales, golpizas criminales, mutilaciones y cadáveres de niños calcinados, no hay muchas cosas más que añadir. Nuestros ratings comenzaron a bajar de manera alarmante y el escándalo estaba dejando su

lugar a un simple rechazo generalizado. Nuevamente Esmeralda invocó la palabra mágica: flexibilidad. Revisó algunos de los guiones en los que yo estaba trabajando y me dijo que eran inservibles.

— ¿Que no tienes imaginación? ¿No te das cuenta que esto es aburrido y trivial? ¿A quién le impresiona a estas alturas que Lupe Miranda haya tirado a su bebé recién nacido a la basura dentro de una bolsa de plástico? A nadie. ¡A nadie?

— Pero es que es un drama de la vida real.

— ¿Y eso qué? Hace falta inyectarle vitalidad, energía, tragedia. De lo contrario la historia no vale nada. ¿Qué pasó con la flexibilidad? Articula un motivo. Hazla lesbiana, involúcrala con un culto satánico, implica que es comunista. Qué sé yo, usa tu cerebro.

— Pero es que no pensé que se tratara de eso.

— Pues sí, se trata de ser flexible. Todo, escúchame bien, todo es materia prima. Lo que hacemos con la realidad es lo que en realidad cuenta.

Asentí con la cabeza y me puse a retribujar mis guiones con la idea de hacerlos más flexibles. Aunque Dolores Mendoza estaba en la cárcel, convicta de asesinato, debo admitir que me sentí culpable de haberla transformado en una arpía ninfómana y adicta a la cocaína que, tras haber encerrado a su hijo de un año, Sebastián, en un cuarto de azotea, había incendiado el edificio completo. La realidad es que nunca se había probado la culpabilidad de la mujer — que trabajaba como empleada doméstica en uno de los departamentos del edificio —, no obstante la habían condenado por homicidio múltiple en un juicio sumario con el que habían cerrado precipitadamente el caso para evitar que la investigación llegara más lejos.

La emisión de esa noche comenzó con Esmeralda caminando entre las ruinas del incendio. Llevaba un elegante vestido negro de Versace. Contó que Dolores había tenido amantes por decenas, que robaba para mantener su vicio y que la muy páfida estaba a punto de vender a su bebé a una pareja de estadounidenses. Cortamos entonces a una toma con cámara en mano en blanco y negro de una pareja con apariencia de turistas gringos que caminaban por un pasillo del aeropuerto.

— Pero tras una pelea a gritos con la portera, doña Magdalena, la adicta sin escrúpulos enloqueció. Juró vengarse, encerró a Sebastián en su habitación, corrió a conseguir un balde de gasolina que roció por todo el inmueble y luego encendió un cerillo.

Cortamos al close up de una mano que encendía un fósforo, luego a unas llamas y más tarde a tomas de archivo de un incendio. A Esmeralda no le preocupó que la historia no tuviera mucho sentido ni que sonara muy poco verosímil que una mujer regara gasolina a plena luz del día y de esa forma quemara hasta los cimientos de un edificio de ladrillo lleno de gente. Luego del primer corte comercial Esmeralda entrevistó a doña Magdalena, a quien no se le entendía nada de lo que decía, y luego a dos supuestos supervivientes

del incendio, que eran unos pésimos actores que me vi forzado a contratar, porque nuestro presupuesto se había reducido gravemente. En el siguiente segmento Esmeralda aparecía en el patio del reclusorio tratando de obtener una confesión de una llorosa Dolores que se cubría el rostro y suplicaba que la dejaran en paz.

— Pero díganos, ¿para qué quemó el edificio y por qué mató a Sebastián? — preguntó Esmeralda mostrándole una foto de su hijo.

La mujer aullaba y le pedía que se fuera.

— ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué?

— Hoy Dolores está arrepentida, se encuentra presa tratando de pagar su deuda a la sociedad, una deuda que de todos modos nunca quedará saldada. Dolores permanecerá encerrada por muchos, muchos años. Quizás un día saldrá a la calle y será una mujer libre, no obstante siempre será una mami mala.

Este episodio funcionó bien y eso nos dio un poco de aliento cuando comenzábamos a perder la inercia. No obstante la siguiente semana volvieron a caer los índices de audiencia. Comenzaron a correr rumores de que nos sacarían del aire. Fue entonces que Esmeralda nos convocó a una reunión extraordinaria, una vez más se dirigió a nosotros como un general que prepara a sus tropas antes del combate. Teníamos que estar listos para cualquier cosa. Era tiempo de pasar a la ofensiva, de convertir cada emisión en un ataque a las convenciones y el moralismo.

— Transmitiremos en vivo si es necesario, pero no vamos a perder nuestro programa. Recuerden que la palabra clave es la flexibilidad.

Cualquiera sabía que no nos dejarían transmitir Mamis malas en vivo, era demasiado impredecible, nadie correría un riesgo semejante. Pero en ese momento todos le creíamos a Esmeralda. Todos teníamos fe en la flexibilidad.

Esmeralda reclutó a un nuevo editor, con lo que yo quedé relevado de esa tarea. Los nuevos episodios parecían videoclips, tenían música estridente, numerosos cortes rápidos, muchos más saltos al blanco y negro, cámaras lentas, solarizaciones y otros efectos especiales. Esmeralda era una hábil negociadora, por lo que a pesar de que había perdido la confianza de la mayoría de los ejecutivos de la empresa, logró que la dirección considerara interrumpir un programa si es que aparecía una emergencia importante relacionada con una mami mala. Era una idea delirante y absurda, tal vez por eso y por ser una posibilidad remota, Esmeralda logró convencer al presidente de la estación.

No obstante la posibilidad no resultó ser tan remota. Tan sólo dos semanas después de aquella negociación Esmeralda nos llamó de emergencia a nuestras casas y sin explicar nada nos hizo presentarnos de inmediato en un barrio residencial del sur de la ciudad, con todo el equipo para filmar y transmitir en vivo. Cuando llegamos al lugar de la cita, encontramos decenas de patrullas de policía, ambulancias y un gran tumulto. Una historia

que yo había venido siguiendo en la prensa amarillista durante las últimas semanas había tomado un giro trágico. Leticia Ugalde, la hija de un industrial millonario, fue abandonada por su esposo, el exitoso actor Pedro Mendoza Jr., a las pocas semanas de haber dado a luz a una bebé. Un tabloide publicó fotos de Mendoza manoseando y besando a una modelo en una discoteca en Acapulco. Otra revista publicó un reportaje de como Leticia trataba de chantajear a su marido con prohibirle ver a su hija si no regresaba. Mendoza replicó en un diario:

— Que haga lo que quiera. Finalmente ella sabe tan bien como yo que esa niña ni es mía.

Esmeralda llevaba puesto un chaleco verde olivo de Prada y unos jeans Calvin Klein. Trafa un teléfono celular en cada mano, mientras hablaba por uno, marcaba en el otro. En cuanto nos vio, ordenó a gritos que preparáramos todo.

— Vamos a entrar.

Leticia acababa de tirar a su bebé desde un departamento en el piso doce. Luego se paró en el barandal del balcón y estuvo un rato inmóvil. Parecía en trance, dispuesta a saltar en cualquier momento. Pero aparentemente se arrepintió. La policía había tratado de convencerla por teléfono de salir pacíficamente. No habían tenido éxito. De haber sido otra persona simplemente habrían derrumbado la puerta sin temer las consecuencias. Pero se trataba de la señorita Ugalde y su padre era un hombre muy poderoso. Esmeralda tenía en un teléfono a la secretaria del presidente de la estación, quien afirmaba que su jefe estaba en una junta muy importante y no podía ser interrumpido, y en el otro estaba tratando de comunicarse con Leticia. A Rubén, el camarógrafo, y a Bonifacio, el sonidista, los mandó a filmar el cadáver del bebé.

— Soborna a quien sea, pero tú me traes imágenes — le dijo a Rubén mientras le daba unos billetes de quinientos —. Róbate el cuerpo si es necesario. Pero no se tarden porque vamos a subir.

Nuestro director, Mateo, se quedó con Esmeralda escuchando instrucciones y tratando de descifrar lo que ella quería decir por flexibilidad en este caso. El presidente de la estación no podía o no quería hablar con Esmeralda y sin su autorización directa no había forma de interrumpir la telenovela con un flash informativo. El jefe de noticiarios le dijo que de ninguna manera lo haría. Esmeralda le contestó:

— Te vas a arrepentir, pendejo. Ve limpiando tu oficina que yo me encargo de que no vuelvas a trabajar en esta empresa.

A mí me mandó a tocar a la puerta de Leticia y arreglar una entrevista. No tuve alternativa, así que fui. Avancé hasta el edificio mintiendo, blofeando y escondiéndome de los policías que tenían la zona cercada. Logré llegar al piso doce por las escaleras. Afuera del departamento había media docena de agentes que a través de la puerta trataban de convencer a

la mujer de que se entregara. Hablé con ellos en nombre de la estación. Les dije que habíamos tenido contacto con Leticia y que aceptaría entregarse pacíficamente si le concedían una entrevista con Esmeralda. Los agentes se miraron intrigados y me pidieron que me identificara y que explicara como había llegado hasta ahí. Volví a mentir.

— El presidente de la estación ya se comunicó con el jefe de ustedes.

El hombre que parecía estar a cargo trató de ponerse en comunicación con alguien a través de su radio. Después de un rato de intentar inútilmente les dijo a sus agentes que se hicieran a un lado.

— Pues adelante — dijo con una mueca de desgano.

— Mi jefa, está a punto de subir. Por favor, avise a su gente que la dejen pasar con la cámara y el resto del equipo.

El oficial volvió a intentar usar su radio, pero nuevamente no tuvo respuesta.

— Esta chingadera ya se jodió. Vete a escoltar a la reportera — le dijo a uno de los policías vestidos de civil.

Por mi teléfono celular marqué los teléfonos de Esmeralda una y otra vez. Estuvieron ocupados durante interminables minutos. Finalmente me respondió.

— ¡Quién es! — gritó.

Le expliqué que ya había despejado el camino para la entrevista. Omití decirle que aún no había hablado con Leticia. Le dije que un agente ya estaba en camino para escoltarla. Colgó sin darme las gracias. Mientras, Esmeralda seguía intentando que se interrumpiera la telenovela. El presidente aún no respondía. Uno de sus subalternos le dijo que no podía hacer nada.

— Graben todo y veremos si se puede pasar un fragmento en el noticiero de las once.

— Tu madre, cabrón. Esto ya estaba acordado. Dile a tu jefe que respete nuestro acuerdo.

— ¿Pero cuál acuerdo, Esmeralda? Todo fue hipotético.

— Nada de hipotético, él se comprometió. Dile que me pase al aire.

El camarógrafo regresó. Había obtenido las imágenes pagando a los socorristas de la ambulancia. El agente no tardó en encontrar a Esmeralda, era la única reportera con cámara entre el gentío. Subieron en pocos minutos. Esmeralda seguía gritando por el teléfono mientras avanzaba entre la multitud de curiosos. El presidente tomó la llamada.

— Esmeralda, precisamente hoy es muy mal día para esto.

— Ningún mal día. Es hoy o nunca. ¿Cada cuándo crees que voy a conseguir madres asesinas a punto de suicidarse, que además sean hijas de millonarios? Por favor, tienes que dejarme salir al aire.

— No sé, comunícate en media hora.

— No tengo media hora. Es ahora o nunca.

— Está bien. Hagan el enlace. Sólo tres minutos. Voy a dar la orden.

— Acabas de hacer el mayor acierto de tu vida — dijo y colgó con una inmensa sonrisa.

Esmeralda llegó corriendo al piso doce. Le dije entonces que aún no podía hablar con Leticia. Me respondió que era un incompetente. Rubén, Mateo, Bonifacio y el técnico de la camioneta habían hecho enlaces en vivo muchas veces. Era mi primera vez. Estaba aterrorizado. Esmeralda corrió a los policías, les dijo que necesitábamos silencio y privacidad.

— Comienza a filmar — ordenó.

— Pero todavía no estamos al aire.

— No importa, graba mientras tanto — Rubén y Mateo se miraron intrigados y obedecieron con una mueca.

Esmeralda, iluminada por el reflector de la cámara, golpeó la puerta y comenzó a gritar:

— Leticia. Ya se fue la policía. Tenemos que hablar. Nosotros te podemos ayudar.

— Váyanse, hijos de puta. Déjenme en paz.

— Mira, mi amor, te conviene hablar con nosotros. Así que déjate de cosas y abre.

— Yo sólo quiero ver a mi esposo, Pedro.

Esmeralda me dijo que buscara a Pedro Mendoza. Con los dos teléfonos me puse a hacer llamadas a reporteros de espectáculos, al agente del actor y a las oficinas de la estación.

— Mira, guapa voy a entrar y vamos a platicar.

— Si entras me tiro.

— No hagas otra locura. La policía va a terminar entrando y te van a arrestar.

— Primero me mato.

Confirmé que Pedro estaba en Las Vegas y que no había forma de comunicarse con él. Se lo expliqué a Esmeralda y me dijo:

— Pues consigue a alguien que imite su voz.

El director interrumpió la grabación.

— Esmeralda, vamos a entrar al aire.

Se arregló el cabello y el maquillaje en un pequeño espejo y miró a la cámara.

— Tres dos,... — Mateo dio una señal con la mano que significaba *ahora*.

— Estamos transmitiendo en vivo y en exclusiva desde la puerta del departamento de Leticia Ugalde, la esposa del actor Pedro Mendoza e hija del industrial millonario, Alejandro Ugalde, quien en un gesto de desesperación y locura acaba de tirar a su bebé desde el doceavo piso. Más adelante tendremos imágenes de la pobre criatura que ha pagado con su vida el precio de la pasión irracional de su madre. En estos momentos estamos a punto de entrar, para llevar a sus hogares las primeras imágenes de esta

mujer atormentada que ha cometido un crimen impensable...

— Corte — interrumpió Mateo quien tenfa puestos los audífonos.

— ¿Qué carajos estás haciendo, animal? — aulló Esmeralda.

— No estamos al aire, me acaban de decir que no tenemos autorización.

— ¿Qué? Exige que interrumpan lo que sea, que nos den el enlace.
¿Algo de lo que dije salió al aire?

— No sé, estoy pidiendo información ahora — respondió Mateo muy angustiado.

— Yo me encargo — dije.

— A ver si esta vez haces algo bien. Y sigue buscando a Pedro Mendoza o a un doble.

Esmeralda siguió gritándole a Leticia:

— Mira, mi amor. Te voy a ayudar. Te vamos a traer a Pedrito. Déjame entrar.

No hubo respuesta. Yo pedí en la estación que me consiguieran a un imitador competente.

— Okey, vengan conmigo — dijo Esmeralda al camarógrafo, sonidista y director —. Tu te quedas aquí — me dijo a mí.

Forcejaron la puerta un rato. Luego entre los tres la patearon hasta que cedió. Leticia gritaba como enloquecida.

— Tranquila, Leticia que es por tu bien.

Esmeralda entró primero. La siguió el resto del personal con el reflector de la cámara encendido, pero aún sin respuesta de la estación.

— Comienza a grabar — ordenó Esmeralda.

Yo me quedé afuera marcando en una línea el teléfono directo del presidente de la estación y en la otra tratando de conseguir al imitador de voces.

— Leticia, somos tus amigos. Esta es tu oportunidad de hablar, de explicar por qué lo hiciste — decía Esmeralda.

— Señorita, comuníqueme con el presidente ahora mismo — grité.

— ¡Váyanse, me voy a tirar, me voy a matar!

— Tendríamos que estar saliendo al aire en estos momentos y alguien nos cortó. Es muy importante, tenemos una exclusiva mundial — dije.

La secretaria me dijo que su jefe estaba en una junta.

— ¿Con quién está el presidente? ¿No lo puede interrumpir? ¿No entiende que esto es una emergencia?

— Mi jefe está con el señor Ugalde y tengo órdenes de no interrumpir por ningún motivo.

Colgué el teléfono. Entendí lo que había pasado. No nos darían el enlace. Ningún padre quiere ver a su hija convertida en entretenimiento grotesco y mucho menos en el *set* de Mamis malas. Leticia seguía gritando. De pronto Esmeralda también gritó.

— ¡No, guarda eso! Tranquila ¡No!

Escuché dos explosiones. No entendí que eran balazos hasta que Rubén salió corriendo sin soltar su equipo.

— Le dio, le dio — aulló Mateo mientras corría a cuatro patas.

Me puse pecho a tierra. Hubo dos balazos más. El sonidista salió corriendo y se tiró al suelo a mi lado. No habló. De pronto todo quedó en silencio. Permanecimos inmóviles hasta que regresaron los policías.

— ¿Qué hicieron? Carajo, ya se tiró.

— Nos dio de balazos — respondí casi como si me disculpara.

— Ya sabía que algo así iba a pasar — dijo el agente y entró al departamento.

Me puse de pie y traté de seguirlo pero uno de los policías me lo impidió.

— Esta también ya se murió — gritó el agente.

Empujé al que me impedía pasar y entré corriendo hasta donde yacía Esmeralda cubierta de sangre y con la cara desfigurada. Una bala le había arrancado medio rostro y otra le había dado en el estómago. La miré durante un rato pero en realidad no recuerdo haberla visto sino hasta varias horas después en que revisamos el video. Era como si su muerte sólo se viera real en la pantalla. Mateo se tiró al suelo a llorar. Rubén regresó al departamento cuando se sintió mejor, se puso a filmar el cadáver y lo que hacían los policías, que era simplemente caminar de una lado a otro, curiosear en los cajones y parecer ocupados. El sonidista temblaba y no podía controlarse. Me dijo que él de plano no podía seguir trabajando.

— ¿De dónde carajos sacó un pistola? — dije.

— Parece que el marido las coleccionaba — me dijo sin detenerse un agente que pasó a mi lado.

— ¿Tomaste todo? — le pregunté a Rubén.

— Hasta que le dio el segundo tiro, ahí salimos todos corriendo — me respondió sin dejar de mirar por el visor de la cámara.

Llamé nuevamente al presidente. Seguía en su reunión.

— Señorita, dígale que es muy urgente. Acaban de matar a la señorita Esmeralda y se acaba de suicidar Leticia Ugalde. Tenemos todo grabado.

Me dijo que haría lo posible por decírselo a su jefe. Después de un rato volvió.

— Mi jefe me dice que lo lamenta mucho.

— ¿Es todo? ¿No van a transmitir la cinta? Es una primicia mundial.

— No me dijo nada más.

— ¿Vamos a tener que esperar hasta la siguiente emisión de Mamis malas?

— Mamis malas ya fue retirado de la programación.

— ¿Qué, qué? ¿Desde cuándo? Dígale a su jefe que este material se lo podemos vender a cualquiera. Que tenemos decenas de ofertas.

— Buenas tardes — dijo y colgó.

Mateo me lanzó una mirada de reproche y se cubrió la cara con las manos.

— Creo que estamos desempleados — dije.

Rubén dejó de filmar. Llegaron de golpe unos cinco reporteros gráficos y muchos curiosos. Recogimos los cables y nuestro equipo. Sin decir nada nos alejamos de la escena del crimen y regresamos a la camioneta. Los policías ni siquiera se dieron cuenta de que sus testigos se habían ido sin declarar.